

A black and white photograph of a woman, Elsa Hochhäusler de Sagasti, in profile, looking down at a typewriter. She is wearing glasses and a dark jacket over a light-colored blouse. Her hands are on the typewriter keys. The background is slightly blurred, showing what appears to be a wall with some papers or posters.

Habla una mujer

ELSA HOCHHÄUSLER
DE SAGASTI

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Habla una mujer

© 2002. Hijos de Elsa Hochhäusler de Sagasti

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: junio 2021

Tiraje: 500 ejemplares

Fotografía de portada: revista Caretas

Fotografía de interiores: Ignacio Hochhäusler

Corrección de estilo: Leila Samán

Diseño de cubierta y diagramación de interiores: Departamento de arte y diseño de Planeta Perú

Ilustración de la contratapa: detalle de cuadro bordado por Elsa Hochhäusler de Sagasti

ISBN: 978-612-319-653-0

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100151

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-04734

Impreso en Aza Graphic Peru S.A.C.

Av José Leal 257, Lince, Lima, Perú

Lima – Perú, junio 2021

ELSA HOCHHÄUSLER DE SAGASTI

Habla una mujer

NOTA PRELIMINAR

En los años cincuenta, cuando Elsa Hochhäusler de Sagasti empezó a escribir sus artículos periodísticos, Lima era una apacible ciudad de menos de dos millones de habitantes, un tercio de su población actual. Los tranvías circulaban por el Paseo de la República, la avenida Colonial y el centro de Lima; los Morochucos, Chabuca Granda y el espectáculo Pancho Fierro marcaban el auge de la música criolla, mientras que el mambo de Pérez Prado y la orquesta de Freddy Roland animaban las fiestas más concurridas de Lima. El Grill Bolívar, La Cabaña, el Negro-Negro y la *boîte* Embassy eran los lugares donde recalaban los noctámbulos limeños en busca de diversión.

La Universidad de San Marcos estaba todavía en el Parque Universitario, y la Universidad Católica, en la plaza Francia; el jirón de la Unión era paso obligado para todos los limeños, y la Orquesta Sinfónica tocaba todos los domingos en la mañana en el Teatro Municipal. La librería Juan Mejía Baca, junto a la pastelería Los Huérfanos, era el lugar preferido de tertulia de los escritores e intelectuales limeños. La Asociación de Artistas Aficionados, la Sociedad Entre Nous y la Asociación Campo Abierto eran centros de la vida cultural, y Maruja Venegas animaba su programa *Radio Club Infantil*. El Haití y el Atlantic eran los cafés preferidos en la plaza de Armas, y la pastelería San Martín, el lugar obligado para comprar turrón de Doña Pepa.

El camino a Chaclacayo y Chosica, al que frecuentemente se refería Elsa Hochhäusler de Sagasti en sus artículos, era una sola pista de doble vía. Todavía existía el Hotel de la Estación en Chosica, en donde una tortuga gigante deleitaba a los niños llevándolos en su caparazón, y la Granja Azul abría sus puertas para ofrecer un poco de sol invernal y sus pollos a los limeños. El aeropuerto no se había mudado aún al Callao, Panagra era la principal línea internacional en el Perú, y el edificio del terminal aéreo de Córpac (hoy Ministerio del Interior) era uno de los más atractivos de Lima.

A mediados del decenio de los años cincuenta la migración hacia las ciudades ya había empezado, y las primeras barriadas limeñas surgían de las invasiones a terrenos baldíos, arenales y laderas de los cerros. El Agustino, San Cosme y Comas eran un presagio de lo que sería el crecimiento explosivo de los barrios marginales unos años más tarde. Haya de la Torre terminaba su asilo en la Embajada de Colombia, Manuel Prado era elegido presidente por segunda vez, y Fernando Belaunde lanzaba su carrera hacia la Presidencia de la República con un manguerazo en el jirón de la Unión.

Los artículos y crónicas de Elsa Hochhäusler de Sagasti, publicados primero en *El Comercio* y luego en *La Prensa*, guardan el sabor de aquellos años cincuenta y sesenta, cuando Lima conservaba todavía su carácter de «ciudad jardín». Sin embargo, a la vez que nos hacen recordar una Lima que se fue, también trascienden la época en que fueron escritos y, en un estilo muy sencillo y coloquial, nos hacen reflexionar sobre temas universales. Los artículos seleccionados para la segunda edición de *Habla una mujer* fueron escritos entre 1956 y 1971. Quizá el único artículo que requiere ser fechado, por reflejar un episodio particular en la sociedad limeña, es el último, «Lodo», que fue escrito a fines de octubre de 1968.

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Quisiera comenzar este prólogo recordando una interesante reflexión que hizo en el 2018 una académica y catedrática de Estudios Clásicos en Cambridge, Gran Bretaña, Mary Beard, y ganadora del Premio Princesa de Asturias (2016): «en lo relativo a silenciar a las mujeres, la cultura occidental lleva miles de años de práctica»¹. ¿Por qué dijo algo así hace tan poco tiempo? Pues porque la historia de la «ausencia de voz» de las mujeres en nuestras sociedades es muy antigua y tiene clásicos referentes.

Hace casi tres mil años (¡tres mil, de verdad!), en el comienzo de la *Odisea* de Homero, Penélope, la fiel esposa que lo esperó y no se comprometió nunca con nadie, destejando cada noche lo avanzado en el día para evitar a sus pretendientes, desciende un día de sus aposentos privados a la gran sala del palacio. Se encuentra allí con un cantor de poemas —un aedo— que narra para la multitud de visitantes de Penélope los sufrimientos de los héroes griegos en su viaje de regreso, tras finalizada la guerra de Troya. Ella le pide que, por favor, elija un tema más alegre, pero en ese mismo momento, su propio hijo, Telémaco, dice: «Madre mía, vete adentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y la rueca... El relato estará al cuidado de los hombres y, sobre todo, al mío. Mío es, pues, el gobierno de la casa». Y ella se retira a sus habitaciones del piso superior.

1 Mary Beard, *Mujeres y poder. Un manifiesto* (Barcelona: Crítica, 2018, p. 12).

¿Por qué iniciar así el prólogo de la tercera edición de este estupendo libro de artículos periodísticos de Elsa Hochhäusler de Sagasti? Pues porque se llama nada menos que *Habla una mujer*. Y habló entre mediados de los años cincuenta y principios de los setenta del siglo pasado. Y, en efecto, «habla una mujer» en sociedades en las que nuestras voces no eran particularmente escuchadas en los espacios públicos ni éramos particularmente visibles en nuestra especificidad. No es el libro de una feminista, y fue a fines de los sesenta el momento en que recién se comienza a hablar del enfoque de género en los movimientos sociales y en la academia. Pero, en efecto, habla una mujer, con voz de mujer y preocupada por el mundo y por los/las demás.

Es un hablar multívoco, de cosas y experiencias diversas, de las cuales no pretendo hacer un listado; usted, amable lector, lectora, disfrutará esta polifonía. Pero una de las cosas que más ha llamado mi atención es la ternura de sus relatos, la intimidad que genera con sus lectoras, la atención a las pequeñas y grandes cosas (flores y ríos, mares y montañas) que nos rodean y que muchas veces no tenemos tiempo de detenernos a disfrutar. Como el geranio que tanto le gusta o las rosas. Pero, de manera muy especial, el énfasis reiterado en el cuidar de, en ponerse en el lugar del otro, de la otra, del bien común. De «los hermanos de tierras altas», de los hijos, de los padres, de la familia, de las amigas, del «fuego y levadura» que las mujeres aportan y protegen en su hogar. Ya veremos cómo en la nueva sección «Dilemas» en esta tercera edición, el lugar de la mujer —en casa, fuera de ella, o las dos anteriores— es, justamente, materia de dudas y cavilaciones.

Quisiera destacar esto de manera particular, pues en la actualidad hay un interesante debate entre las teóricas del feminismo y del enfoque de género sobre si podemos hablar de una ética

«femenina» distinta en sus rasgos de una ética masculina de la justicia y los principios abstractos. Es un debate abierto y nada está clausurado, por ello me ha parecido tan interesante encontrar reiteradas veces en muchos de los artículos de Elsa Hochhäusler de Sagasti esta disposición a, y cuidado de, los demás. De quienes necesitan atención, como la joven mujer cansada, con un bebé en brazos, que no encuentra dónde sentarse en la iglesia y nadie le cede el sitio, o la amiga recientemente viuda, o la familia que necesita apoyo y solidaridad.

La discusión que se inició en los años ochenta, posterior a estos textos de Elsa, tuvo y tiene que ver con una diferencia observada en el desarrollo moral de mujeres y varones en tránsito a la adultez.

Todo comenzó con Carol Gilligan y sus investigaciones sobre el desarrollo moral en las adolescentes. Discípula de Kohlberg, gran estudioso del tema, la investigadora comenzó a observar importantes dificultades. Las mujeres evaluadas no parecían llegar a los niveles «más altos» de desarrollo moral. Es decir, conceptos y principios abstractos de justicia. Algo andaba mal: o las mujeres o la medición. De allí que sugiriera una distinción entre la ética de la justicia y los derechos, y la ética del cuidado y la responsabilidad que le permite explicar de otro modo el desarrollo moral de las mujeres y de las habilidades cognitivas que estas muestran². El juicio moral de las mujeres es más contextual, está más inmerso en los detalles de las relaciones y las narrativas. Muestra una mayor propensión a adoptar el punto de vista del «otro particular», y las mujeres parecen más duchas en revelar

2 Seyla Benhabib, «El otro generalizado y el otro concreto. La controversia Kohlberg-Gilligan y la teoría moral» en *El Ser y el Otro en la ética contemporánea. Feminismo, comunitarismo y posmodernismo* (Barcelona: GEDISA, 2006, pp. 205-206).

los sentimientos de empatía y simpatía que esto exige. Una vez que estas características cognitivas no son consideradas como deficiencias, sino como componentes esenciales del razonamiento moral adulto, podemos hablar de dos formas distintas pero complementarias del desarrollo moral.

La contextualidad, narratividad y especificidad del juicio moral de las mujeres no es un signo de debilidad ni de deficiencia, sino una manifestación de una visión de la madurez moral que considera al yo como algo inmerso en una red de relaciones con los otros. Según esta visión, el respeto hacia las necesidades de los demás y la mutualidad del esfuerzo por satisfacerlas sustentan el crecimiento y el desarrollo moral. Por supuesto, en torno a estas consideraciones del desarrollo moral de las mujeres, en su diferencia, hay mucha (y sería) discusión: que si se está «naturalizando» lo que es, también, claramente, histórico y cultural. Es decir, porque las mujeres siempre hemos estado en el ámbito doméstico-privado, cuidando de otros, ahora eso aparece como una especificidad «natural», respetable y digna de elogio.

Cualquiera sea la opinión que se pueda tener sobre este debate, el libro de Elsa Hochhäusler de Sagasti hace evidente ese «cuidado» por los demás, incluida la naturaleza, que sería tan propio de las mujeres. En estos días, en muchos organismos internacionales ya no solo se habla de una ética del cuidado, femenina, sino incluso de una economía del cuidado, que ya debe tomar en cuenta el aporte real de las mujeres al PBI, a la riqueza, a la reproducción de la capacidad de trabajo y muchas otras cosas más.

La verdad es que me ha parecido asombrosa (también en el sentido del «asombro», que según los griegos está al origen de la filosofía) la coincidencia entre lo que las discusiones teóricas y prácticas, posteriores que el libro aquí presentado sugiere, y los

conmovedores artículos de esta gran periodista. Es una imagen escrita de su tiempo, su tiempo puesto en artículos (parafraseando a Hegel), desde una voz claramente femenina y que pone énfasis en el cuidado de los otros, las otras, la familia, la naturaleza, incluida la maravillosa «flor de un día» del cactus, la amistad, la lealtad. Es más, en un artículo sobre unos niños que juegan sobre unos caballetes de madera que se usan para cerrar el tráfico, «Los caballitos», Elsa le dice a su lector/a «no te alarmes». También cuida a sus lectoras. O la relación entre la ternura y la maternidad. Y aquello tan importante de la amistad con los hijos. O el alegre recuerdo del «chino de la esquina», que forma parte de tantas de nuestras vivencias de esas décadas. O, simplemente, reivindicar nuestro elemental derecho a llorar un rato «sin motivo ni razón», cosa que, según ella, no entienden bien los hombres. Habla, en efecto, una mujer.

En fin, ustedes disfrutarán de estos artículos y de la frescura de su escritura. No pretendo ser exhaustiva con los múltiples y variados temas que en esta estupenda selección se tocan. Pero tampoco quisiera dejar la imagen de que «todo es color de rosa» para nosotras, las mujeres, ni para nuestro país. Elsa nos pone delante, en un lenguaje claro y coloquial, las desigualdades, la importancia de la solidaridad y el voluntariado, del aprendizaje del quechua o la existencia de aquellos departamentos de nuestro país (así se llamaban entonces, no regiones) con noventa por ciento de analfabetismo.

La sección añadida en esta tercera edición, que agrupa artículos bajo el título «Dilemas», nos muestra, sin embargo, que ser mujer y ser mamá y ser esposa (ojo, siempre en relaciones) también entra en tensión con la autonomía, el deseo o la necesidad de trabajar y de tener una identidad más allá de nuestra pertenencia

a la familia. ¿Debe trabajar «la mujer de hoy»? ¿Genera más problemas que soluciones? ¿Tenemos una obligación con nosotras mismas y nuestros talentos o habilidades? ¿Debemos «redistribuir» las tareas domésticas? Son dilemas que Elsa plantea muy abierta y, a mi juicio, valientemente. Y que, por cierto, a veces seguimos experimentando las mujeres que trabajamos. ¿Quién no ha sentido alguna vez culpa de tener que dejar a su hijo con fiebre por tener que ir a trabajar y no contar con guarderías para poder llevarlo con nosotros? ¿O perderse una clausura del año escolar por un viaje de trabajo?

Pese a las décadas transcurridas, este conjunto de artículos nos sigue invitando a mirarnos, pensarnos y recrearnos, juntos mujeres y hombres.

Y permítanme terminar con una nota muy personal: el artículo que cita a una amiga diciendo que «los nietos son los hijos con azúcar» me parece espectacular, dado que acabo de ser abuela por primera vez. Y allí alude a que los podemos disfrutar y gozar, y sabemos que, si nos pasa algo, tendrán a sus padres para cuidarlos. Habiendo sido una madre viuda muchos años y habiendo tenido ese miedo a que algo me pasara, creo que Elsa escribió ese artículo para mí.

¡Gracias, querida Elsa Hochhäusler de Sagasti! Gracias por darnos una voz a las mujeres.

Pepi Patrón Costa

LIMA, ABRIL DEL 2021

A mis padres.

Quien aprende a amar las plantas, a deleitarse con las flores, a disfrutar de un naranjo en flor como de una obra de arte maravillosa tiene al alcance de la mano una felicidad modesta, una felicidad humilde, una felicidad, sin embargo, que puede colmar todos los ámbitos de una vida con cualquier «cosita de nada».

Recuerdo con emoción que cuando era muy niña mi madre me despertó a eso de la media noche y, bien envuelta en una manta, me llevó al jardín.

—Verás una cosa maravillosa —me dijo.

Fue, en efecto, maravilloso.

Era un cactus llamado reina de la noche, planta que florecía muy raramente y en esas raras ocasiones abría su flor tarde de noche y volvía a cerrarla al amanecer.

En una sola noche tenía que dar de sí todo su tesoro de perfume, su forma exquisita de cáliz, su color blanco de brillo perlado, la miel con que llamaba a las mariposillas.

Soy afortunada porque desde pequeña me enseñaron a amar lo bello donde le encuentre: en una flor, en el perfume de una fruta, en la línea de un mueble, en el color de un cacharro de cerámica, en una acción noble o una palabra cordial.

Guardo gratitud a los que supieron enseñarme a usar mis cinco sentidos para apreciar el mundo que me rodea.

Elsa Hochhäusler de Sagasti

Una vuelta al jardín

Sombra verde

HE VENIDO A sentarme a escribir junto a la ventana abierta sobre la cual cae un poco de sol mañanero, con toda la intención de ocuparme de temas serios.

He venido con esta intención, pero no puedo traducirla en hechos. Comenzaré entonces por unas líneas sin trascendencia, sin más tema ni motivo que la alegría de estar aquí, por la mañana, frente a una ventana abierta, con el sol reflejándose caprichosamente en las teclas de la máquina de escribir y, cuando levanto la vista, veo un panorama que consiste de hojas verdes movidas por un vientecillo liviano y que parecen dedicarse a jugar con el sol y la sombra en una variedad de tonos de verde que llegan del amarillento al negruzco.

¿Por qué será tan agradable el susurrar de las hojas, el cambiante reflejo de sol y sombra sobre ellas?

¿Por qué resultará tan grato el silencio, roto solamente por el piar de un pajarillo no identificado, el frufrú de las hojas y el persistente tic-tac de un reloj?

El árbol sabe ser nuestro amigo: tranquilo, recto, acogedor, con su sombra que nos refresca.

Sombra que no solamente refresca en los días de calor, sino que, con su presencia verde, nos refresca el ánimo cada vez que estamos tristes, nerviosos, agotados.

Recuerdo la vez que padecía de agotamiento nervioso —«surmenage» le decían para darle un nombre científico— y no soportaba la presencia de personas. Me refugié en una casa de campo

donde pasaba el día entero echada en una hamaca mirando hacia arriba, sin ver otra cosa que el rítmico mecerse de las copas de los árboles. Los medicamentos nada habían podido hacer por mí. La tranquilidad y mis amigos los árboles me devolvieron el equilibrio.

Lo mismo sucede con las olas del mar. Contemplar su imperdurable ir y venir nos devuelve la tranquilidad perdida.

¿Por qué será? ¿Será que nos calma el ritmo lento y natural de sus movimientos? ¿Será que nos sana de nuestros males y nos alegra el alma el cambio de luz sobre las hojas?

No sé la razón. Solo sé que la presencia de un árbol me alegra y me llena de paz como la presencia de un leal amigo.

El geranio

EL GERANIO ES una flor sobria, modesta, sencilla. Es «buen pobre», como llamamos aquí a las personas que se conforman con poco.

Una señora me dijo en cierta ocasión:

—¡Cómo le puede gustar el geranio! ¡Una flor tan ordinaria!

Digo yo: ¿qué tiene de ordinaria?

Sus hojas son suaves con un ligero vello, sus flores de tonos vivos vienen reunidas en gráciles ramitos sobre un tallo jugoso.

¿Le dicen ordinario porque es generoso?

Tal vez si fuera mezquino con sus flores, el geranio sería más celebrado. Si floreciera una vez cada año como el cactus, o una vez cada diez años, toda la familia se reuniría a su alrededor:

—Mira, ven, algo maravilloso. Llama a tía Cecilia, a Ernestina y a Luis y Juan. ¡Ha florecido el geranio!

Entonces todo sería comentario interminable sobre la delicadeza de los pétalos, la viveza del color, la exquisitez de la forma, la segura altivez del tallo.

—¡Qué novedad! ¿De veras? ¡Te felicito!

Así sería si el geranio supiera ser prudente, parco, mezquino.

Pero no lo es. Su corazón generoso de planta «ordinaria» rebosa de deseos de florecer, de extenderse, de florecer más y más, todos los días, siempre.

A mí me duele —¡vieras!—, me molesta cuando alguien habla despectivamente de él. Me parece que mal premiamos sus ansias de darse en toda época en florescencia abundante.

Recuerdo el poema de Juana de Ibarbourou sobre la higuera. Me parece que deberíamos ir por el jardín todos los días, admirando en voz alta las flores del geranio, como alabamos una rosa fina o una fucsia de color extraño.

Pero el geranio, flor modesta y humilde, no nos pide alabanzas. Florece así, abundantemente, adornando de vivo rojo los muros y los cercos, porque su naturaleza es florecer generosamente aunque no lo admire, como esas personas bondadosas que son buenas porque no pueden evitarlo, aunque nadie se lo agradezca.

Alegría y esperanza

HABLÉ DEL ESPÍRITU primaveral: alegría y esperanza.

No me digas que no tienes motivo para la alegría y la esperanza.

¿Por qué no?

Mientras amanezca y la oscuridad de la noche dé paso al día, hay motivo para alegrarse.

Mientras las fatigas del día den paso a la paz de la noche, hay motivo para estar alegre.

Mientras exista un pajarillo que cante, valiente y gozoso, hay motivo para estar alegre.

Mientras un pedazo de cielo azul nos muestre que el mundo es grande y hay muchas cosas allí, lejanas, fuera de nuestros propios temores y penas, hay motivo para alegrarse.

Mientras el esplendor de las estrellas dé testimonio de la grandeza de la creación, hay motivos para estar alegre.

Mientras un niño tome con toda confianza nuestra mano y nos haga esas preguntas que demuestran que cree que lo sabemos todo, hay motivo para alegrarse.

¿Y la esperanza?

Dices que tienes miedo al futuro, que te preocupa, que te atemoriza, que no sabes qué será de ti más tarde. Hablé del pajarillo que ha hecho su nido a menos de un metro del suelo. Allí trabajó con ahínco y cuidado, formó tupida trama de ramitas pequeñas y de paja, hasta darle la forma sólida y segura que quería. Parecía imposible, pero él sabía que con paciencia lograría formar de esos deleznales materiales una sólida y buena vivienda.

Luego ha puesto allí dos huevitos y se ha dedicado a empollarlos.

¡Qué valentía!

En apariencia, todo está en su contra.

No tiene seguridad alguna de encontrar alimento, pero todos los días sale a buscarlo y todos los días lo encuentra.

Cada salida es un ininterrumpido afrontar de peligros.

Cualquier muchacho que se ha fabricado una honda con una ramita y un pedazo de elástico, cualquier hijito de familia a quien su mami regaló una escopeta, se considera con derecho a quitarle la vida por la única razón de que es pequeño y débil.

Él y su nido pueden ser presa fácil de cualquier gato, o de algún ave de rapiña.

Sin embargo, no se amilana. Construye su nido, busca su alimento, empolla sus huevitos, cría y alimenta a sus hijos, les enseña a volar y a ser valientes y confiados como sus padres.

Toda la vida de ese pequeño ser es un ejemplo de valor y un himno a la esperanza.

¿Por qué has de ser tú menos que él?